



GUIA DE REFORZAMIENTO DE CONTENIDOS LENGUAJE Y COMUNICACIÓN 3° MEDIO

PROF. MÓNICA ARAYA H.

NOMBRE Y APELLIDOS: _____

FECHA: _____

UNIDAD N° O (REFORZAMIENTO): SOBRE LA AUSENCIA: EXILIO, MIGRACIÓN E IDENTIDAD

OBJETIVOS:

1. Conocer e identificar los conceptos de exilio, migración e identidad.
2. Identificar los tipos de migración y como se construye una identidad.
3. Analizar por medio del pensamiento crítico diversos textos vinculados a la temática.

NOTA: ES IMPORTANTE SEÑALAR CON RESPECTO AL PLAN LECTOR SE DEBE CONTINUAR CON SU LECTURA DE FORMA NORMAL EN EL DOMICILIO. CUALQUIER DUDA AL RESPECTO DE ESTE REALIZARLA AL CORREO DE LA DOCENTE: profemonicaarayah@gmail.com

INSTRUCCIONES: Leer comprensivamente las preguntas, responder con lápiz pasta azul/negro, no usar corrector. En la parte de desarrollo, que su letra sea legible, lo que no se entienda no se corregirá.

“EL PROVINCIANO EN LA CAPITAL”

Respecto de la temática del provinciano en la capital, te invitamos a compartir distintas expresiones artísticas que tienen como tema principal la experiencia de las personas de provincia en la gran capital, en este caso Santiago.

Muchas veces se ha señalado, lo impersonal y fría que es la capital, respecto de las regiones, y lo mucho que les cuesta a las personas sentirse parte de una urbe tan extensa y compleja como lo es Santiago. Por lo mismo, la temática del acomodo y del extrañamiento vivido (y sufrido) por las personas que se enfrentan a la capital, como un mundo nuevo o una experiencia por conocer.

Te invitamos a revisar la canción “*La gran Capital*” del cantautor nacional Manuel García, quien hace referencias a la novela “*Martín Rivas*” de Alberto Blest Gana, en ella se cuenta la historia de un joven provinciano y su experiencia al llegar a la capital a finales del s. XIX, a alojar a la casa de la familia Encina, una de las más reconocidas familias de la socialité santiaguina.

A continuación realizaremos una lectura comparativa de ambas obras y te propondremos algunas actividades relacionadas con la influencia que ambas obras ofrecen entre sí.

I.COMPRENSIÓN DE LECTURA: Lea el siguiente texto y luego conteste las preguntas con letra clara y legible, cuidando su ortografía. Utilice lápiz pasta azul/negro.

LA GRAN CAPITAL (MANUEL GARCÍA)

Llegué a Santiago provinciano y Martín Rivas salió a mi encuentro en el metro las gallinas que yo guardaba en mi pecho, me cantaban Martín Rivas.

Me cantaban las gallinas en el metro que allá en mi población la noche es un poema que mi patio, mis amigos, las estrellas, están en mí.

Mi sombra apunta hacia el Mapocho y mis zapatos dan con la prisa, en la micro, en el peldaño y en las esquinas con los ojos voy tomando fotografías.

Fotografió mi zapato en el peldaño, en el Mapocho mi sombra se ha dado un baño y en las esquinas con los ojos voy tomando fotografías.

Cuando era niño jugué a la Gran Capital y ahora en serio con los dados del destino voy avanzando los cuadritos de un camino en la ciudad.

Me cantaban las gallinas en la esquina que allá en mi población la noche es un poema, que mi patio, mis amigos, las estrellas están en mí.

El diablo incendia las ventanas al poniente y en el oriente una monja es la cordillera que espera siempre a que abras las ventanas y las puertas.

El diablo incendia las ventanas al poniente, cantan gallinas, cantan monjas al oriente, que un provinciano se ha marchado.

A continuación te invitamos a leer el cuento “**Chufa**” de Alejandra Costamagma, luego te propondremos algunas actividades.

Se llama Roberto Soto pero, nadie sabe muy bien por qué, le dicen Chufa. No llega a los veinte años, tiene el pelo liso y muy grueso y unos pómulos abusivamente hundidos. Una cara filuda tiene. Una cara, se diría, chupada por el propio filo de sus hendiduras. Chufa nació en el sur y ahora, a las ocho de una noche de diciembre, está en la capital. Después de la muerte de sus padres no le quedó otra salida. O sí: podría haber azotado calles en el sur. Prefirió azotarlas en el centro, en la latitud 33 o por ahí, y entonces subió a un bus provincial, llegó a la capital de la región, subió a un bus nacional, llegó a la capital del país y aquí está: en el rodoviario, como llama la gente ahora al terminal de buses, con un par de billetes y algunas monedas sueltas en el bolsillo, y la intuición de hallarse en la mitad de un hormiguero, de ser él mismo una hormiga cualquiera. Peor: una hormiga cualquiera y sin trayectoria definida. Chufa mira a un perro amarillo y piensa que los perros del sur tienen el pelo más liso que los del centro. El perro que él mira, sin embargo, es excepcionalmente crespo. No es que todos los perros capitalinos luzcan rulos de mulato. Pero eso el muchacho aún no lo sabe. A Chufa le gustan los perros. Si ahora mismo se sacara el suéter, uno podría ver que su polera tiene estampado el dibujo de un perro. Es un perro siberiano, y lo curioso de la ilustración es que el perro lleva a un hombre amarrado de una correa. Lo lleva de paseo.

Chufa está cansado y se sienta en un banquito de la estación a comer un pan que ha traído del sur. Al frente se instala un viejo pascuero. Saca una radiocasete de un bolso y aprieta play. Pascua feliz para todos: el estribillo retumba en la estación de buses mientras el viejo hace karaoke con una sonrisa inestable. Sus labios, en esa postura, parecen un trocito de bistec mal cortado. Chufa lo mira y siente ganas de cantar. Pero no canta: en realidad le carga cantar.

Las siguientes son horas de espera. ¿De espera de qué? Chufa no lo sabe, pero su actitud es la de alguien que espera con paciencia, con infinita y tranquila y casi zen paciencia. Una actitud más propia de Séneca o de algún griego arcaico que de un muchacho de provincias estacionado de súbito en la gran capital. En algún minuto de la tarde decide que ya es hora de moverse y saca del bolsillo del pantalón un papel arrugado, una hojita de bloc roñosa o quizás una servilleta, y se dirige hacia un teléfono público. Mira el número anotado en el papelito, echa una moneda en el aparato y disca el número. Aló, tío. El tío se muestra extrañado por la presencia del sobrino. ¿Dónde estás?, pregunta. Acá. ¿Acá en la capital? ¿Y qué estás haciendo acá? El hombre sabe de la muerte de los padres de Chufa, pero esto no se lo esperaba. Esto: la llegada repentina de su sobrino a la capital, a su casa, puede que a su vida. Sin embargo, el tío no es ningún demonio y al final le dice bueno, ya; vente, Chufita, vente. Desde el otro lado del teléfono le da las indicaciones para llegar a su casa. Tienes que tomar la micro equis en la esquina equis y bajarte en la calle equis. Chufa corta la llamada y trata de retener las últimas señas: el número de la casa, los nombres de las calles. La verdad es que las indicaciones le parecen difícilísimas de seguir. No tiene la más remota idea de dónde está parado; no sabe ni cuál es el norte siquiera. A la mierda con el tío, piensa. Pero qué va a hacer: el tío es su hormiga más conocida en este hormiguero. En el teléfono que ocupó hace unos segundos ahora hay un hombre calvo hablando sin mucho ánimo. Cada palabra sale de su boca como un soplo difuso. Lo último que oye Chufa es "te vas a acostumar, Negro, te lo digo yo". Después corta. El muchacho se acerca al hombre y le pregunta por la calle equis o por la micro equis o por la esquina equis. El hombre exhala lo que parece su último soplo y dice: "Camina dos cuadras hacia allá, hijo, y ahí preguntas". Chufa no sabe por qué el desconocido lo ha llamado hijo. No le gusta que lo llamen hijo. Su padre, de hecho, jamás lo llamó hijo. Chufa, Chufita, a lo más Roberto en un par de ocasiones. Nunca hijo. Chufa camina las dos cuadras y pregunta. Está, en efecto, en la calle equis. Se detiene en una esquina a esperar que pase la micro equis. En el paradero hay un viejo pascuero sin barba. Puede que venga de regreso, se le ocurre. O de la Pascua anterior. De cualquier manera no está para la fiesta de esta noche, eso es seguro.

La micro equis pasa a los pocos minutos. El muchacho sube y camina haciendo equilibrio por el pasillo. El pavimento está roto y la micro da saltos de coctelera. Hacia el final del pasillo cree ver a otro viejo pascuero. Pero no está seguro. A lo mejor, piensa, la barba blanca y el traje rojo son casualidades. Chufa mira por la ventana con entusiasmo o con algo parecido al entusiasmo, acaso tratando de atrapar a otro repentino pascuero en su minuto de acción. Se le ocurre que la ciudad es un festival de viejos pascueros. Viejos y en su mayoría tristes (y se diría también miserables) pascueros. Ya es de noche. No lleva mucho rato de viaje (pongamos, veinte minutos) cuando la mujer joven que va sentada enfrente se acerca y le habla. Es raro lo que dice. A Chufa le parece raro. Esto es lo que dice: oye, ¿tú estás muy apurado por llegar? Desde luego, Chufa

no tiene ni un apuro. A la mujer se le aproxima ahora un hombre y juntos comienzan a interrogarlo. No, no está apurado; sí, claro que le gustaría ganarse unos pesitos; no, en principio no tiene planes. No sabe a qué vienen las preguntas de la pareja, en verdad ignora si interrogatorios como éste son comunes en esta ciudad, en este barrio al menos. O en estas micros nocturnas de la capital. Después de un rato de divagaciones, al fin le explican lo que quieren de él. A estas alturas Chufa se ha dado cuenta —o cree haberse dado cuenta— de que los desconocidos no son traficantes de órganos ni asaltantes de bancos ni cafiches desvelados que pretendan meterlo en su negocio de Navidad. No. Es todo mucho más simple y raro a la vez: el hombre y la mujer quieren pasar la Nochebuena en un pueblo de la costa y van en esta micro camino de la estación de trenes. Hasta ahí todo bien. El problema es que les ha entrado una duda: ¿han apagado o no el fuego de uno de los quemadores de la cocina de su departamento? Después de tostar un pan, ella no recuerda haber cortado el gas. Pero a lo mejor lo hizo y fue un acto mecánico. Puede que sí, puede que no. El caso es que la duda no les permite seguir viajando tranquilos. Lo que quieren, lo que le ofrecen a Chufa, es que vaya al departamento, vea si el fuego está prendido y lo corte si es necesario. Y si no, nada: que se vaya y buenas noches los pastores. Por supuesto, le ofrecen dinero como recompensa. Mientras Chufa lo piensa, la mujer le hace una confesión. Dice: ¿sabes qué? Nos morimos de ganas de comer mirando el mar. ¿Y cómo entro?, pregunta el muchacho de improviso. Te pasamos una copia de las llaves y se las das después a la vecina. Chufa sabe que debe decir sí, es obvio que tiene que aceptar ya la repentina y acaso milagrosa oferta que le han hecho. Pero algo, un instinto de indecisión muy primario, le hace vacilar. Y se pone a inventar, como un perfecto fabulador.

Inventa el muchacho en la micro que tiene una familia y que debe llegar a cenar con ellos esta noche de Navidad. La pareja le cree y asegura comprenderlo. Entonces aumentan la oferta. En la cabeza de Chufa se aparece inesperadamente la imagen del tío. A lo mejor, recapacita en silencio, puede pasar unos días en el departamentito y olvidarse del tío. A la mierda un rato el tío. Quedarse en el departamento, que imagina con balcón y almohadas de pluma, y llamar al tío desde la tina. Llevar el teléfono inalámbrico a la tina y llamarlo entre la espuma y las sales de baño, chapoteando y bebiendo un trago con hielo. Tío, estoy muy bien acá, no necesito tus enredadas explicaciones ni tu casa en la calle equis ni nada. En realidad no necesito tu gentileza. Toma. El tío escuchará un tuut y luego vendrá una especie de culpa muy antigua. La culpa del miembro de una tribu que un día cualquiera ha abandonado el clan, se le ocurre a Chufa en la micro, mientras la imagen de la tina, la espuma de la tina sobre todo, se va alejando de su cabeza. El tío permanece ahí, sin embargo, como la esquina mal cortada de un dibujo infantil. La mujer interrumpe sus divagaciones: ¿y? ¿Aceptas el trato o no? Y, sí, Chufa saca de su cabeza al tío, abre los ojos y acepta. La mujer se pone muy alegre, al muchacho le da la impresión de que es una adolescente rabiosamente feliz. El hombre la mira como se mira a una mascota, como orgulloso de las gracias de su animalito. Chufa no puede evitar pensar en un perro cuando la mujer le pregunta qué hará con el dinero. Un perro siberiano. Eso hará con el dinero, dice: comprar un perro siberiano. Bonito regalo de Pascua, comenta él. Y después dice ya, niño, en la otra esquina tienes que bajarte. Y ella: gracias, oh, muchas gracias.

Lo que viene a continuación es como una cinta acelerada. Es Chufa en el interior de su propia cinta acelerada y dichosa. Baja de la micro, no le cuesta dar con la calle, encuentra el edificio, sube los cuatro pisos, introduce la llave en la cerradura, abre, entra en el departamento. En el living hay un silencio con grillos. Enciende una lámpara: lo primero que ve es la enciclopedia de perros. Después, la colección de autitos (todos escarabajos Volkswagen: qué cosa rara, piensa) sobre una repisa. El gas no está abierto, y sobre el tostador hay una marraqueta que Chufa se lleva a la boca como por instinto. Después ve un pedazo de chorizo y lo corta con un cuchillo carnicero. Pone el embutido sobre el resto del pan y da un mordisco grande, se diría rabioso. El refrigerador no contiene muchas provisiones, pero al revisar la parte de arriba da con un pollo congelado, que saca inmediatamente y guarda en una bolsa plástica. Vuelve al living y acomoda la bolsa con el pollo junto a la enciclopedia de perros mientras termina de masticar atropelladamente el pan con chorizo. Las primeras cortesías de su primera noche en la capital, divaga. Sus pensamientos van de un lado a otro y él no hace nada por ordenarlos. Está feliz, el muchacho. No sabe si sentarse a mirar el libro o seguir el paseo por la casa. Sin que él lo quiera, el tío vuelve a su cabeza. Es obvio que debe llamarlo, se dice y comienza a buscar el teléfono. Pero el teléfono no aparece por ningún lado. No hay teléfono en el departamento. Tampoco hay balcón ni almohadas de pluma, pero qué importa: hay un libro de perros y hay una tina que ahora empieza a ser llenada con agua tibia. No hay sales de baño pero sí espuma, y un capítulo dedicado a los siberianos. Es primera vez que Chufa entra en una tina llena de agua espumosa, y ahora lo hace con la enciclopedia de perros en las manos. Se mojan las páginas, pero qué importa. Quince minutos bastan para repasar la personalidad y los cuidados básicos de un

